

ADOLESCENCIA, RELACIONES ROMÁNTICAS Y ACTIVIDAD SEXUAL: UNA REVISIÓN

Elvia Vargas Trujillo¹
Fernando Barrera²

Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia

RESUMEN

Se presenta una revisión de algunas de las investigaciones más recientes sobre la adolescencia y los factores asociados a las relaciones románticas y la actividad sexual durante la adolescencia. Se parte de la premisa de que el análisis de la iniciación romántica y sexual durante la adolescencia requiere de modelos de causalidad múltiple que permitan dar cuenta, conjuntamente, de los factores que se encuentran en los contextos individual, familiar y social asociados con estos dos procesos. Se destaca el papel de los padres en el desarrollo de hijos adolescentes autónomos, capaces de manejar la influencia negativa del grupo de pares. Se hacen algunas recomendaciones a los responsables de diseñar programas de prevención y a los interesados en el estudio de la adolescencia y en el desarrollo de la disciplina.

Palabras clave: Adolescencia, sexualidad, actividad sexual, relaciones románticas, relaciones padres-hijos.

Diversos estudios han mostrado que los adolescentes están estableciendo relaciones románticas e iniciando su actividad sexual cada vez más temprano. En particular, la aparición temprana de las relaciones sexuales constituye un problema de salud por las múltiples consecuencias para los propios jóvenes, su familia y la sociedad (Organización Mundial de la Salud, 2000). Esta actividad sexual empieza a ocurrir, en muchos casos, un poco después de la aparición de unas relaciones románticas que se pueden considerar también tempranas (Brown, Jejeebhoy, Shah y Yount, 2001). Lamentablemente el estudio de estos dos acontecimientos propios del desarrollo psico-social de los jóvenes no es el tema que haya recibido la debida atención de los investigadores y

¹ Correspondencia: elvargas@uniandes.edu.co

² Correspondencia: febarrer@uniandes.edu.co

ABSTRACT

This article reviews a number of recent studies on factors associated to adolescents' romantic relationships and sexual behavior. The basic premise states that any serious account of adolescent romantic and sexual development must be based on multiple-factor models. Such models include individual, family and social factors. Parenting is proposed as a critical factor in the development of adolescents' autonomy and ability to deal with peer deviant pressures. Suggestions are addressed to prevention program developers as well as to scholars interested in adolescent studies.

Key words: Adolescents, teenagers, sexual activity, romantic relationships, first intercourse, parenting.



las organizaciones de salud. No se cuenta con información suficiente que permita explicar este comportamiento y diseñar programas para la promoción de la Salud Sexual y Reproductiva³ de los jóvenes. Las publicaciones sobre el tema se limitan a ofrecer estadísticas porcentuales que no logran dar explicaciones siquiera parciales.

La revisión que aquí se presenta parte de la premisa de que el análisis de la iniciación romántica y sexual

³ La OMS define la Salud Sexual y Reproductiva como a) la aptitud para disfrutar la vida sexual y reproductiva adaptándola a criterios de ética personal y social; b) La ausencia de miedos, sentimientos de vergüenza, culpabilidad, creencias poco fundamentadas y de otros factores psicológicos que inhiban la reactividad sexual o cohiban las respuestas sexuales; c) La ausencia de trastornos orgánicos, enfermedades y deficiencias que dificulten la actividad sexual y reproductiva

temprana requiere de modelos de causalidad múltiple que permitan dar cuenta, conjuntamente, de variados factores asociados con el fenómeno. En palabras de Gray y Steinberg (1999) “durante la última década, el estudio de la adolescencia ha tomado un énfasis más ecológico por cuanto los investigadores han empezado a examinar tanto las influencias contextuales como las individuales sobre el comportamiento y el desarrollo” (p.235).

Entre los modelos que se han propuesto en otros países, uno de los más frecuentemente citados y con mayor soporte empírico es el de la Teoría del Comportamiento Problema (Jessor y Jessor; 1977; Jessor, Donovan y Costa, 1991; Jessor, Van Den Bos, Banderín, Costa y Turbin, 1995). Este modelo postula que el comportamiento es el resultado de la interacción de tres sistemas dinámicos: la personalidad, el ambiente y la conducta problema y la convencional.

La teoría del comportamiento problema, se ha usado para explicar la actividad sexual de los adolescentes. Ese modelo tiene la cualidad de implicar una perspectiva multivariada, pero también ha recibido críticas por su énfasis en la adolescencia como un período conflictivo y tormentoso (ver Steinberg y Morris, 2001 para un análisis del tema). En la presente revisión se ha acudido a otras aproximaciones que no se centran en lo problemático y que son igualmente multivariadas y contextuales. Con esta nueva perspectiva, la revisión se desarrolla partiendo del supuesto de que las relaciones románticas y el inicio de actividad sexual ocurren por la influencia de factores que se encuentran en los contextos individual, familiar y social. Esa es la posición que asumen las publicaciones más recientes (Rodgers, 1999; Perkins, Luster, Villarruel y Small, 1998 ; Scaramella, Conger, Simons y Whitbeck, 1998; Smith, 1997 ; Thornberry, Smith y Howard, 1997; Small y Luster, 1994 ; Small y Kerns, 1993).

En la preparación de esta revisión hemos recurrido a numerosas fuentes bibliográficas y bases de datos internacionales. Esperamos aportar a los interesados en el tema la información que de otra manera les llevaría tiempo y esfuerzo obtener. Para el efecto empezaremos por examinar la adolescencia, sus características y tareas principales; enseguida analizaremos las relaciones románticas y la actividad sexual durante la adolescencia; por último, presentaremos una síntesis de algunos de los factores que se han asociado con estos dos aspectos del desarrollo en esta etapa de la vida.

ADOLESCENCIA

La adolescencia se ha definido como un proceso de transición entre la infancia y la edad adulta (Coleman & Hendry, 1990; Frydenberg, 1997). El concepto de transición hace referencia al período de cambio, crecimiento y desequilibrio que funciona como puente entre un punto relativamente estable en la vida del ser humano y otro relativamente estable, pero diferente. La adolescencia representa la transición de la inmadurez física, psicológica, social y sexual de la infancia, a la madurez de la vida adulta en estas mismas dimensiones del desarrollo. Esta transición tiene su origen en los cambios hormonales propios de la pubertad los cuales interactúan con diversos factores individuales, familiares y sociales para facilitar el éxito o fracaso en las tareas de desarrollo propias de esta edad (Kimmel y Weiner, 1995; Coleman y Hendry, 1990; Frydenberg, 1997; Steinberg y Morris, 2001).

Burt (1998) plantea que durante mucho tiempo la adolescencia fue considerada como una etapa de la vida que entraña conflictos y trastornos porque exige el rompimiento de la dependencia de la niñez y la lucha por alcanzar una identidad adulta independiente. “Sin embargo, la corriente actual de pensamiento tiende a ver menos dificultades en el proceso y mucha más continuidad entre el niño de ayer, el adolescente de hoy y el adulto de mañana” (Burt, 1998, p. 7).

En apoyo de lo anterior, en el transcurso de las dos últimas décadas autores como Offer, Rostov y Howard (1981) y Steinberg y Morris (2001), sostienen que el adolescente normal enfrenta este proceso de transición con pocos trastornos graves o comportamientos de alto riesgo. Se puede decir que ésta última es una perspectiva optimista de la adolescencia. Asume que solamente los adolescentes que experimentan trastornos severos, y que se involucran en comportamientos problemáticos, tienen dificultades en el presente y muchas probabilidades de tenerlas a lo largo de su vida.

En la adolescencia, al igual que en los otros períodos de la vida, se espera que las personas cumplan algunas tareas de desarrollo específicas, que difieren de una cultura a otra y de acuerdo con el momento histórico particular en el que viven. Sin embargo, cada vez es más frecuente encontrar que la mayor parte de estas expectativas son aceptadas por un creciente número de

sociedades. Estas tareas se relacionan con los conocimientos, emociones y comportamientos que se espera que las personas adquieran o desarrollen durante la adolescencia. Estas tareas exigen constituir nuevas y más maduras relaciones sociales con personas de la misma edad y de ambos sexos fuera de la familia, y consolidar un sentido sano de la sexualidad (Kimmel y Weiner, 1995; Torres de Mila, Vargas Trujillo y Vargas Trujillo, 1997; Vargas Trujillo, Posada y del Rio, 1999).

Para lograr con éxito las tareas de desarrollo el adolescente debe experimentar varios cambios, entre ellos modificar sus patrones de relación (Steinberg & Morris, 2001). Los compañeros adquieren mayor importancia como fuente de información, compañía, apoyo, retroalimentación y como modelos de comportamiento. Las relaciones con los padres se alteran, en la medida que se establecen sobre la base de una progresiva igualdad y reciprocidad y la autoridad parental se empieza a considerar como un área que, por sí misma, está abierta a la discusión y la negociación (Shucksmith y Hendry, 1998). En consecuencia, la relevancia de estos dos tipos de relaciones, con padres y con compañeros, varía según la situación, como lo han demostrado varios investigadores (Palmonari, Pombeni y Kirchler, 1989).

La susceptibilidad a la influencia de los compañeros durante la adolescencia aumenta entre los 15 y los 18 años. La interpretación que de esto ofrecen Coleman y Hendry plantea que durante la adolescencia se experimenta una mayor necesidad de aceptación por parte del grupo de amigos y un gran temor al rechazo y a la victimización. El grupo de iguales suministra al adolescente un marco de referencia para la comparación, le da retroalimentación y lo capacita para experimentar diferentes formas de amistad e intimidad.

Otro punto de vista sobre la influencia de los compañeros es el de Allen y Land (1999). Estos autores sugieren que cuando los padres intensifican la expectativa de que sus hijos aceleren el proceso de hacerse autónomos, los adolescentes ven en sus compañeros unas nuevas figuras de apego. Por lo tanto, en el grupo de pares los jóvenes pueden llegar a satisfacer sus necesidades emocionales mientras logran consolidar la necesaria autonomía en la relación con el medio familiar. Esta afirmación se basa en observaciones realizadas con familias norteamericanas, por lo que cabe preguntar sobre su vigencia en nuestro medio.

La transferencia de una a otra figura de apoyo implica una transformación del apego jerárquico que se tenía con los padres a uno simétrico de apego con los amigos, en las que se recibe apoyo y cuidado mutuo. En opinión de Allen y Land (1999) puede ocurrir que los jóvenes, que de niños han acatado a sus padres de manera irreflexiva, terminen haciendo lo mismo en su adolescencia temprana en relación con sus compañeros.

Sin embargo, lo que se ha observado es que la influencia de los compañeros no es permanente si no que constituye una oportunidad de transición hacia el surgimiento de la capacidad de los adolescentes para dirigirse por sí mismos y para seleccionar críticamente sus compañías.

En efecto, prácticamente todos los autores que se interesan en el estudio del tema coinciden en describir la adolescencia como una etapa de búsqueda de la autonomía personal. Engels, Finkenauer, Meeus y Dekovic (2001) sugieren que los jóvenes necesitan aprender a desprenderse de sus padres, para ser autónomos, y para construir su propia red de relaciones sociales. Además, completan diciendo que, a pesar de que los jóvenes adquieren cada vez más independencia, los padres continúan jugando un papel importante en el ajuste social y emocional de los hijos.

Hodges, Finnegan y Perry, (1999) respaldan esta idea señalando que el proceso de desarrollo implica para los jóvenes un aumento progresivo de la confianza en su propia individualidad y el reto de asumirla con responsabilidad. Eso es lo que los estudiosos de la adolescencia definen como el gran proceso diferenciador de esta etapa de la vida: el desarrollo de personas caracterizadas por un sano balance entre las necesidades de conservar sus relaciones de vinculación y las necesidades de autonomía. Por eso Bowlby se refiere a este proceso con el término “autonomía vinculada” (citado por Allen, Hauser, Bell y O’Connor, 1994).

Exploremos entonces las implicaciones de la idea de Bowlby. La autonomía y la vinculación son constructos de uso muy difundido en el estudio de diversos tipos de relaciones cercanas. Algunos investigadores han llegado a identificarlas como necesidades fundamentales de los seres humanos (Sheldon, Elliot, Kim y Kasser, 2001; Ryan y Deci,

2000). Uno de esos tipos de relaciones cercanas es el que se refiere a las relaciones con los padres. Otro es el de las relaciones afectivas que se inician en la adolescencia con los amigos y otro el que ocurre en las relaciones románticas.

Connolly y Goldberg (1999) caracterizan la vinculación y la autonomía como dos procesos interpersonales que forman parte integral de las relaciones a lo largo de todo el ciclo vital y sufren cambios evolutivos importantes en la adolescencia, en términos de comportamientos, sentimientos, conceptos y motivos. La definición más frecuente de vinculación la concibe como el hecho de mantener una relación estrecha, tener actividades juntos, tener una percepción de apoyo y sentir que se cuenta con aceptación (Turner, Irwin, Tschann, y Millstein, 1993). La autonomía, por su parte, se define como la capacidad de pensar, sentir y actuar de manera independiente (Allen et al., 1994; Hodgins, Koestner y Duncan, 1996). Más recientemente, se alude con este término a la capacidad de autodeterminación y a la expresión de la confianza en sí mismo de acuerdo con el propio nivel de desarrollo (Connolly y Goldberg, 1999). La autonomía se puede construir a partir de los procesos de exploración e individuación y definirse como “el yo separado de los otros” o la capacidad del yo para actuar de acuerdo con valores y escogencias personalmente definidas (Connolly y Goldberg, 1999, pp. 267).

Ahora bien, en el desempeño de su papel socializador los padres ejercen prácticas que propician el logro de esta “autonomía vinculada” en los niños y en los adolescentes. Ejercen el fomento de la autonomía mediante prácticas tales como las exigencias de madurez, el razonamiento inductivo y la apertura a la experiencia (Maccoby y Martin, 1983; Darling y Steinberg, 1993) y ejercen el fomento de la vinculación mediante prácticas como la aceptación, la expresión de afecto, la comunicación aceptante, el disfrute de momentos en privacidad (Kurdek y Fine, 1994; Paterson, Pryor y Field, 1995; Steinberg y Morris, 2001). En términos de descripciones operacionales, según Clark y Ladd (2000), la autonomía se evalúa como el grado en el que los padres responden oportuna y adecuadamente a las necesidades de los hijos, recogen y validan sus opiniones, sentimientos y expectativas. La vinculación, por su parte, se evalúa como el grado de cohesión familiar y de aceptación de los padres.

Hodges y cols. (1999) han planteado que cuando las relaciones entre padres e hijos se caracterizan por un balance entre el fomento de la autonomía y de la vinculación, el desarrollo psicológico de éstos últimos es favorable

De acuerdo con Clark y Ladd (2000), los conceptos de la vinculación y la autonomía que proporcionan los padres tienen su origen en la teoría de las relaciones objetales y en la teoría del apego, pero además las lecturas consultadas en la preparación de esta revisión nos llevan a concluir que también coinciden conceptualmente con los constructos desarrollados desde otras perspectivas como la teoría cognitiva del aprendizaje (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001) y la teoría de la socialización (Maccoby y Martin, 1983).

En efecto, el fomento de la vinculación está conceptualmente muy cercano a algunos términos de uso frecuente en la teoría de la socialización como son “calidez” y “aceptación” (Steinberg y Morris, 2001). Algunos autores han concebido esta vinculación como un atributo diádico de afecto mutuo entre padres e hijos (Clark y Ladd, 2000). El fomento de la autonomía, por otra parte, se asemeja mucho al de exigencias de madurez que mencionamos atrás.

La reflexión sobre estos procesos de la adolescencia nos lleva a la conclusión de que las experiencias de autonomía y vinculación que el adolescente vive en relación con el contexto familiar y con el medio ajeno al hogar tienen como fin el establecimiento del sentido de identidad. Es decir, durante la adolescencia, además de aprender a establecer nuevos vínculos de amistad y de romance, los jóvenes necesitan llegar a reconocerse como personas únicas diferentes de los demás, integrar el concepto que tienen de sí mismos y fortalecer su autoestima (Harter, 1999).

Turner y cols. (1993) hicieron una investigación en el marco de referencia de Allen, Aber y Leadbeater (1990) según el cual, los comportamientos de los adolescentes reciben una clara influencia de la relación entre el padre y el adolescente y también un importante efecto del contexto familiar en el que ese adolescente se esfuerza por lograr su autonomía. Cuando no se cumplen las metas de autonomía y vinculación dentro de la familia, puede surgir un desapego emocional respecto a los

padres y con él la iniciación de conductas de riesgo. Además, esos autores señalan que una consecuencia de esa falla en las metas de la autonomía y la vinculación es que el adolescente se desprende del vínculo con los padres como proveedores de apoyo, guía y seguridad aún en los momentos de dificultad. En caso de que ese desapego prospere, a las conductas de riesgo se suma una creciente preponderancia de un apego inadecuado hacia los compañeros, éste sí contrario a la deseable individuación. La literatura más reciente plantea que los padres que favorecen el desarrollo de la “autonomía vinculada” promueven la autoestima y los otros atributos de la competencia psicosocial y en esta medida, contribuyen para que los hijos cuenten con los recursos necesarios para manejar las exigencias de una relación romántica (Collins y Strouf, 1999).

También se ha observado que uno de los factores que favorecen el proceso de consolidación de la autonomía del adolescente, mientras mantiene una relación positiva con sus padres, está en las relaciones románticas. Estas le permiten al adolescente desarrollar un concepto de sí mismo en el dominio de las relaciones de pareja. Si la experiencia es satisfactoria el adolescente logra tener un concepto positivo de sí mismo como persona capaz y segura (Kuttler, La Greca y Prinstein, 1999).

En el contexto de las relaciones románticas, el autoconcepto evoluciona hacia concepciones más abstractas y diferenciadas de sí mismo como persona (Steinberg y Morris, 2001). Los adolescentes comienzan a explorar y a evaluar sus características psicológicas con el fin de descubrir quiénes son realmente y qué tanta consistencia hay entre la manera como se ven a sí mismos y como los ven los demás en diferentes situaciones sociales (Harter y Monsour, 1992). Se ha observado que cuando los adolescentes se describen a sí mismos tienden a hacerlo de manera organizada, estructurada, coherente y consistente (Kimmel y Weiner, 1995). Al evaluarse se centran en sus valores, creencias y actitudes y en la forma como otros los ven, lo que piensan de ellos y en los efectos que tiene su comportamiento para otros (Harter, 1999).

Las investigaciones señalan que las experiencias románticas y el autoconcepto pueden afectar la autoestima global de los adolescentes (Harter, 1999) de la misma forma que lo hace el lograr convertirse en una

persona autónoma pero vinculada con las figuras parentales (Allen, Hauser, O’Connor, Bell y Eickholt, 1996).

Las relaciones románticas también favorecen el desarrollo sano de la sexualidad del adolescente que, como dijimos antes, es otra de las tareas importantes en esta etapa de la vida. Concretamente, Bukowski, Sipolla y Brender (1993) propusieron que el desarrollo de un sentido sano de la sexualidad debe tener en cuenta: a) el aprendizaje de la intimidad mediante la interacción con los compañeros; b) la comprensión de los roles personales y de las relaciones; c) la revisión del propio esquema corporal en términos de los cambios de tamaño, forma y capacidad; d) la adaptación a los sentimientos y experiencias eróticas y la integración de estos en la vida; e) el aprendizaje de los estándares y prácticas sociales que regulan la expresión sexual; y f) la comprensión y valoración de los procesos reproductivos.

En síntesis, la adolescencia es una etapa de transición en la que se espera que los individuos cumplan varias tareas de desarrollo. Los adolescentes que logran con éxito estas tareas cuentan con un contexto familiar que propicia el logro de la autonomía al mismo tiempo que se mantiene el vínculo afectivo con las figuras parentales. También tienen la posibilidad de establecer relaciones con pares que fortalecen su autoestima y les permiten consolidar su identidad. Además, en muchos casos, cuando estas relaciones con pares adquieren un carácter romántico, se crean las condiciones para que se exploren nuevas formas de exploración y de participación en la actividad sexual y para que se desarrolle un sentido sano de la sexualidad.

ADOLESCENCIA Y RELACIONES ROMÁNTICAS

Las relaciones románticas se pueden definir como una serie de interacciones que ocurren a lo largo del tiempo y que se caracterizan porque a) involucran a dos individuos que reconocen algún tipo de vínculo entre sí, b) son voluntarias, c) existe algún tipo de atracción basada en la apariencia física, características de personalidad, la compatibilidad de intereses o habilidades, d) implican manifestaciones de compañerismo, intimidad, protección y apoyo (Brown, Feiring y Furman, 1999).

Laursen y Jensen-Campbell (1999) afirman que las relaciones románticas, son un tipo muy particular de relación interdependiente, que comparte algunos rasgos con las relaciones de amistad (son recíprocas, horizontales y relativamente igualitarias), y con las relaciones familiares (los compromisos que se adquieren son reconocidos públicamente), pero que, a diferencia de las relaciones de pareja entre adultos, son transitorias, fugaces, menos exclusivas e íntimas. De otro lado, Furman y Simon (1999) plantean que las relaciones románticas involucran atracción sexual, compañía, afecto, intimidad y reciprocidad.

Como mencionamos en las primeras páginas, la autonomía y la vinculación son constructos de uso muy difundido en el estudio de las relaciones con los padres. Otros ámbitos en los que también han sido estudiados este par de constructos son el de las relaciones con los compañeros y las relaciones románticas. Investigadores como Connolly y Goldberg (1999) examinan la consistencia entre las relaciones románticas y las relaciones con compañeros. A su turno, Allen y Land (1999) plantean que uno de los puntos finales del desarrollo de relaciones de apego con iguales en la adolescencia es el desarrollo de relaciones románticas que pueden, en algunos casos, constituirse en relaciones duraderas y estables.

Es importante aclarar que aunque las relaciones románticas de los adolescentes no tienen las mismas características de las relaciones de pareja adultas (la mayoría duran unas pocas semanas o meses), esto no significa que no sean experiencias vitales significativas. De hecho, lo que se ha observado es que las relaciones románticas constituyen eventos cruciales en la vida de los seres humanos (Furman, Brown y Feiring, 1999; Allen y Land, 1999), que favorecen el proceso de individuación de los adolescentes y la consolidación de su identidad sexual (Coates, 1999) y que ayudan a que los adolescentes establezcan de manera exitosa su autonomía (Gray y Steinberg, 1999).

Contrariamente a lo que popularmente se cree, el interés principal de los jóvenes en sus primeras relaciones románticas no es satisfacer necesidades sexuales, sino encontrar quiénes son, qué tan atractivos resultan para el otro sexo, aprender a interactuar en una relación de pareja y ganar estatus en su grupo de pares (Brown, 1999). Este interés constituye uno de los pasos

de un desarrollo mucho más elaborado. Eso ha llevado a Gray y Steinberg (1999) a afirmar que en la adolescencia ni la elección de un novio o novia particular, ni lo que ocurra en una relación romántica específica tienen tanta importancia como lo que representa o simboliza este hecho para los padres y los compañeros: el paso de la infancia a la adultez.

El desarrollo de las relaciones románticas es generalmente un proceso gradual de experimentación. Este sigue una secuencia que se inicia en las relaciones casuales y termina en relaciones mucho más estables y duraderas (Miller y Benson, 1999). Aunque en el contexto de las relaciones románticas puede ocurrir la actividad sexual, ésta solo tiene como propósito experimentar y aprender. Se ha observado que las relaciones románticas le permiten a los jóvenes aprender a interactuar con una pareja romántica. En la medida en que el individuo descubre que su pareja satisface sus necesidades socio-emocionales, y que le puede proporcionar cuidado, apoyo, protección, satisfacción sexual, puede recurrir a ella más frecuentemente y de manera más competente, porque lo que se aprende en una relación es puesto en práctica en la siguiente (Collins y Srouf, 1999). Solo cuando el adolescente ha logrado desarrollar ciertas habilidades para interactuar con una pareja, su interés se amplía hacia la satisfacción de necesidades de intimidad y afiliación (Connolly y Goldberg, 1999).

El análisis contextual ofrece una perspectiva propicia para examinar otros aspectos de las relaciones románticas. Desde ese enfoque, Gray y Steinberg (1999) plantean que una función de las relaciones románticas, a la que no se ha prestado suficiente atención, es la redefinición social del adolescente. Esta redefinición le representa un nuevo sitio frente a los compañeros y a los padres. Según estos autores, en las sociedades modernas los ritos de iniciación a la adultez han cedido el paso a los cambios en los derechos, los privilegios y las responsabilidades sociales (ver p.242). Ellos identifican tres indicadores de solvencia adulta en la sociedad contemporánea: el económico, el habitacional y el interpersonal. De estos tres indicadores de competencia, el logro de los dos primeros se ha ido posponiendo cada vez más para los jóvenes de hoy. Actualmente la madurez orgánica y sexual ocurre más temprano que las posibilidades de financiación y de asentamiento residencial propias de una familia. En este

proceso influye la exigencia de una mayor preparación educativa y el costo de la vivienda. En cambio, en el tercer ámbito, el interpersonal, la dirección se invierte y los jóvenes se inician más temprano en los contactos románticos y la actividad sexual. Gray y Steinberg atribuyen este hecho a la necesidad de demostrar madurez social por el único medio a su alcance y agregan que las relaciones románticas favorecen al adolescente una expresión del deseo sexual, propio del desarrollo, por fuera del contexto familiar.

Un aspecto que ha llamado la atención de algunos investigadores se relaciona con la influencia que tiene la relación con los padres en el establecimiento de las relaciones románticas. Al respecto Downey, Bonica y Rincón (1999) se preguntan ¿qué de sus relaciones previas, por ejemplo el rechazo parental, traen consigo los adolescentes que permite predecir el fracaso en las relaciones románticas? Pero el inverso constituye también un desafío para los investigadores: las relaciones románticas ejemplifican una de las muchas modalidades de influencia de los hijos sobre los padres; frente a la experiencia romántica de sus hijos, ellos se ven obligados a preocuparse por las consecuencias, un eventual embarazo y la cercanía de un nuevo pariente eventualmente no deseable (Gray y Steinberg, 1999).

ADOLESCENCIA Y ACTIVIDAD SEXUAL

Como dijimos previamente, lograr la meta de consolidar un sentido sano de la sexualidad durante la adolescencia implica también nuevas formas de exploración y de participación en la actividad sexual. En esta parte del artículo aclararemos primero lo que entendemos por actividad sexual para luego entrar a analizar su sentido, su contexto y sus consecuencias.

Para los propósitos de esta revisión se considera la actividad sexual como todas aquellas expresiones eróticas que se dan entre las personas. Aunque en algunas ocasiones estas expresiones hacen parte del juego sexual que precede al coito (porque conducen a la excitación y al orgasmo), para los adolescentes, al igual que para otras personas, pueden constituir fines por sí mismos, dependiendo de la situación y el momento en el que ocurren (Denmark, Rabinovitz y Sechzer, 2000).

Una de las características de la actividad sexual es que en ella se puede reconocer una marcada progresión

que va de menores grados de intimidad y estimulación hasta grados de intensa compenetración y máxima estimulación. Los niveles más bajos de esa progresión son susceptibles de ser interpretados como parte del trato afectuoso convencional (tomarse de la mano) y el nivel más alto corresponde a la penetración. Tal progresión puede tener lugar de muy diversas formas respecto a su oportunidad de ocurrencia a lo largo de la adolescencia. Así por ejemplo, algunos autores señalan que mientras unos adolescentes inician su actividad sexual penetrativa a edades muy tempranas otros logran posponerla hasta alcanzar una relación romántica relativamente estable (Brown y cols., 2001)

Un aspecto que es importante considerar al tratar de comprender la actividad sexual de los adolescentes es el significado que tiene para las personas involucradas. Moore y Rosenthal (1993) plantean que los hombres y las mujeres le atribuyen un significado distinto a la actividad sexual genital, el cual no sólo influye en su comportamiento sino que juega un papel importante en su salud sexual y reproductiva. En efecto, mientras los hombres reconocen que para ellos la primera relación sexual constituyó un episodio sin mayor trascendencia, una prueba que les permitió confirmar su “normalidad”, las mujeres reportan que su primera experiencia sexual fue por amor con alguien que era importante emocionalmente. No obstante, tanto hombres como mujeres reportan que su primera experiencia sexual fue espontánea y no planeada (Miller y Moore, 1990, Pick de Weiss y Vargas-Trujillo, 1990; Guerrero, 1999; Vargas-Trujillo y Barrera, 2002).

En cuanto al contexto en el cual ocurre la actividad sexual de los adolescentes el estudio de Gaston, Jensen y Weed (1995) reveló que tres de cada cuatro adolescentes participantes en su investigación reportaron haber tenido su primera relación sexual en la casa de alguno de los dos miembros de la pareja o de un amigo, lo cual coincide con lo encontrado por Franklin (1988) quien afirma que la actividad sexual de los adolescentes ocurre más probablemente durante el día, en la casa de alguno de los miembros de la pareja, mientras que los padres se encuentran trabajando (ver también Vargas Trujillo y Barrera, 2002; Brown y cols., 2001). Estos resultados sugieren que una casa sola y con poca supervisión proporciona la oportunidad ideal para que los adolescentes se involucren en actividades sexuales.

Las investigaciones en diferentes países han mostrado que el inicio temprano de actividad sexual es un predictor importante de la frecuencia de actividad sexual (Werner-Wilson, 1998) y que los adolescentes que comienzan a tener citas más temprano tienen más citas lo cual está asociado positivamente con la experiencia sexual, el número de parejas sexuales y el nivel de la actividad sexual (Miller, McCoy y Olson, 1986; Thornton, 1990; Vargas Trujillo y Barrera, 2002). Además se ha encontrado una relación negativa entre inicio temprano de actividad sexual y uso de anticonceptivos (Pugh, DeMaris, Giordano y Groat, 1990; Smith, 1997).

En relación con las consecuencias de la actividad sexual durante la adolescencia la literatura plantea que estas pueden ser físicas, psicológicas y sociales. Las físicas, como el embarazo no deseado y las Enfermedades de Transmisión Sexual, y las sociales, como la sanción social o el reconocimiento y la aprobación por parte de la pareja, el grupo de iguales o la familia (Small y Luster, 1994; Miller et al., 1997; Brown et al., 2001), han sido las que mayor interés han despertado en la investigación, en cambio la literatura disponible respecto a las consecuencias psicológicas es deficiente.

Krauskopf (1989) afirma que entre las consecuencias psicológicas se encuentran los sentimientos que mantienen la conducta como la satisfacción, el orgullo, la tranquilidad y el sentimiento de realización; y los sentimientos negativos como los de culpabilidad, tristeza, arrepentimiento, vergüenza y preocupación. En el estudio de Vargas Trujillo y Barrera (2002), con una muestra de adolescentes colombianos, se encontró que casi 40% de los adolescentes que dicen haber iniciado actividad sexual experimenta números altos de sentimientos positivos (11 o 12) y que las mujeres reportaron más sentimientos negativos asociados a su actividad sexual que los hombres. Mientras la media de sentimientos negativos en las mujeres fue de 5.3 para los hombres fue de 2.8 entre 9 posibles. Las frecuencias más altas de sentimientos negativos reportados por las adolescentes en ese estudio corresponden a “vacía”, “avergonzada” e “insegura”.

Probablemente uno de los aspectos más descuidados en el estudio de la actividad sexual tiene que ver con las características de la relación en la cual ocurre. La mayoría

de las investigaciones se han concentrado en describir las conductas que pueden ser consideradas de riesgo y han desestimado la importancia que tienen las parejas sexuales en su ocurrencia. La evidencia señala que una proporción considerable de adolescentes reporta iniciar actividad sexual con su novio(a) y que la motivación principal es demostrar amor (Brown et al., 2001). Todo esto pone de relieve el hecho de que la actividad sexual de los adolescentes ocurre en el contexto de las relaciones románticas. Sin embargo, en la actualidad, es muy poco lo que se sabe sobre las características de estas relaciones y su papel en el desarrollo de la sexualidad (Furman, Brown y Feiring, 1999).

Hasta este punto hemos revisado el concepto contemporáneo de adolescencia. Además hemos examinado las relaciones románticas y la actividad sexual como dos características inherentes a la construcción de la identidad y al desarrollo de la sexualidad. Lo que resta de la revisión la destinaremos a abordar los planteamientos de diferentes autores con respecto a los factores individuales, familiares y sociales asociados con estas dos características durante la adolescencia.

FACTORES ASOCIADOS CON LA ACTIVIDAD SEXUAL Y LAS RELACIONES ROMÁNTICAS DURANTE LA ADOLESCENCIA.

Para el examen de los factores relacionados con las relaciones románticas y la actividad sexual, el enfoque contextual o ecológico sugiere examinar concurrentemente las influencias de varios ámbitos de la vida del adolescente, con lo que se facilita una comprensión más cabal del desarrollo psicológico (Gray y Steinberg, 1999).

Factores Individuales

Los atributos individuales, que de ordinario se mencionan en la literatura sobre adolescentes, se suelen agrupar bajo el concepto de competencia psicosocial. Aunque los componentes de ese concepto varían de unos estudios a otros, los más frecuentemente mencionados incluyen la autoestima y la autoeficacia (Fletcher, Darling, Steinberg, y Dornbusch, 1995; Kurdek y Fine, 1994; Steinberg, Elmen y Mounts, 1989), pero también la autonomía emocional (Steinberg y Silverberg, 1986; Lamborn y Steinberg, 1993; Fuhrman y Holmbeck, 1995) y la resistencia ante la presión que ejercen los compañeros para incurrir en comportamientos no

aprobados socialmente (Steinberg, 1987 ; Fletcher y cols., 1995 ; Lamborn y Steinberg, 1993). Estos componentes de la competencia psicosocial de los adolescentes se han estudiado preferentemente en relación con variables como el rendimiento académico, los comportamientos socialmente indeseables y, en general, el ajuste psicológico. Por el contrario, los estudios que vinculan a estos atributos con las relaciones románticas y con la actividad sexual durante la adolescencia ha sido hasta ahora insuficientes y dispersos.

En efecto, las investigaciones que han pretendido establecer la relación entre la autoestima y la actividad sexual, presentan resultados inconsistentes y contradictorios. Mientras algunos estudios establecen relaciones significativas entre estas dos variables (Kissman, 1990; Miller, Christensen y Olson, 1987), otros no encuentran tal relación en aspectos como la virginidad, la actividad sexual, el embarazo no deseado o la paternidad adolescente (Robinson y Frank, 1994; Small & Kerns, 1993; Thornberry et al, 1997). En la revisión que Miller y Moore (1990) hacen de las investigaciones llevadas a cabo en la década de los ochenta sobre la actividad sexual adolescente, se plantea que la forma como la autoestima influye en el comportamiento sexual, o cómo éste influye en la autoestima, parece depender básicamente del contexto normativo en el que se encuentran los adolescentes. De acuerdo con Miller, Christensen y Olson (1987) el comportamiento sexual que contradice los valores personales está asociado con aflicción, pena o tristeza y baja autoestima.

De la misma forma, la calidad de las relaciones románticas de los propios adolescentes también puede tener un impacto significativo en su autoestima. Por ejemplo, las relaciones negativas y el comportamiento controlador por parte de las parejas se ha asociado con baja autoestima (Furman, 2000).

En cuanto a la disposición para actuar de acuerdo con la influencia del grupo de pares y su relación con la actividad sexual de los adolescentes, los resultados no son del todo claros, mientras en algunos estudios no parece existir una relación significativa entre estas dos variables (Small y Luster, 1994), en otros se ha identificado que la tendencia a actuar conforme a las expectativas y las normas del grupo de amigos está asociada significativamente con la actividad sexual de los adolescentes (Small y Kerns, 1993).

En el campo de las relaciones románticas, el papel de los amigos parece ser fundamental. En primer lugar, se ha observado que el grupo de amigos proporciona el contexto para el establecimiento de las relaciones románticas (Brown, 1999). Es a través de los amigos como los adolescentes comienzan a conocer personas del otro sexo y a interactuar con ellas. En segundo lugar, el grupo de pares puede ejercer influencia en la elección de la pareja romántica, en las expectativas que se tengan de la relación y en el comportamiento que se considera apropiado en una relación de éste tipo (Capaldi, Dishion, Stoolmiller y Yoerger, 2001). Por último, se ha confirmado, como es de suponer, que la interacción en grupos de amigos con miembros del otro sexo está asociada con la edad a la que se comienza a tener relaciones románticas (Kuttler, La Greca y Prinstein, 1999) y con el desarrollo de una mayor competencia social y romántica (Bukouski, Sippola y Hoza, 1999). De hecho, las investigaciones mencionan que el interés de los adolescentes por las citas y por la actividad sexual probablemente depende más del comportamiento de los compañeros que de su desarrollo biológico (Gray y Steinberg, 1999)

Otros investigadores han concentrado sus esfuerzos en examinar el papel que la autoeficacia desempeña en la actividad sexual de los adolescentes. La autoeficacia es importante porque refleja la medida en la cual los individuos creen que tienen control sobre sus intereses, comportamientos y ambiente (Richard y Van der Pligt, 1991). En cuanto a la conducta sexual, se sabe que los hombres son menos capaces que las mujeres de rehusarse a tener una relación sexual con su pareja, de rechazar a una persona distinta de su pareja que le propone alguna actividad sexual con la que no se sienten cómodos (Heaven, 1996).

Además, Levinson (citado por Gómez-Zapiain, Ibaceta, Muñoz y Pardo, 1993), en una investigación acerca del comportamiento sexual y contraceptivo relacionado con la autoeficacia percibida, dedujo que se evitarían situaciones de riesgo si los adolescentes aceptan y reconocen la posibilidad de involucrarse en actividades sexuales; pueden hablar sobre las relaciones sexuales y prepararse para ellas; son capaces de generar situaciones sin riesgo y/o buscar métodos anticonceptivos; asumen la responsabilidad de la dirección de la actividad sexual y del uso de la contracepción; son asertivos(as) al prevenir el coito

sexual no protegido en una situación dada. Sus resultados señalan que los jóvenes que piensan que deberían y que pueden ser responsables de su actividad sexual (los adolescentes que se perciben auto-eficaces), tienen mayor probabilidad de actuar consecuentemente, incluso bajo circunstancias adversas.

Es importante recordar que estos factores individuales que hemos revisado no son los únicos determinantes de la actividad sexual, muchas de las personas que presentan las mismas características y que se enfrentan a las mismas circunstancias adversas no experimentan los mismos problemas. En consecuencia, vale la pena señalar que cada persona se enfrenta a las exigencias del medio con una serie de características únicas que ha desarrollado a lo largo de su vida bajo la influencia de diversos factores familiares y sociales (Huijzinga, Loeber y Thornberry, 1993), que se deben considerar pertinentes en la investigación sobre el tema.

Factores familiares

Chilman (1990) plantea que de manera directa o indirecta, prácticamente toda actividad y relación dentro de la familia transmite a los adolescentes mensajes relacionados con la sexualidad en términos de los roles de género y sus funciones, sentimientos y valores sexuales y estilos de relación interpersonal. De acuerdo con la autora, los estudios que pretenden establecer la asociación entre lo que los padres les enseñan a sus hijos respecto a la sexualidad y su actividad sexual resultan ser simplistas cuando sólo se centran en la comunicación acerca de los temas como el coito, la reproducción o la anticoncepción.

En cambio, no es simplista la investigación que ha abordado la calidad de las relaciones en la familia de origen y ha demostrado que sí juega un papel importante en la configuración de las diferencias individuales en las relaciones románticas de los adolescentes. En la revisión de Gray y Steinberg (1999) se concede particular atención a dos aspectos familiares: la percepción que tienen los hijos la calidad de la relación marital de sus padres y el apoyo parental.

En cuanto a la relación marital, según la revisión de Gray y Steinberg, (1999) se ha demostrado que las relaciones maritales de los padres influyen sobre a) el establecimiento y el mantenimiento de relaciones con

los compañeros, b) los comportamientos románticos y las actitudes en la adolescencia, c) la forma como los hijos manejan sus propios conflictos con los padres y con los compañeros románticos, d) la capacidad para escuchar y considerar el punto de vista de éstos en la adolescencia tardía y e) su interpretación sobre la forma como se debe manejar el conflicto y las emociones negativas en las relaciones románticas.

En relación con los mecanismos por los cuales la calidad marital influye sobre las interacciones románticas de los adolescentes, la revisión de Gray y Steinberg (1999) propone una secuencia de eventos psicológicos. Según esa propuesta, la relación marital no influiría directamente sino de manera indirecta sobre esas relaciones. Más precisamente, la calidad de las relaciones de pareja influiría sobre la calidad del rol paterno; ésta a su vez tendría consecuencias sobre el comportamiento del adolescente y sobre la manera como va a formar relaciones

Con relación al aporte del apoyo parental a las relaciones románticas de los jóvenes, Gray y Steinberg (1999) mencionan varias investigaciones que ponen de presente que los padres pueden propiciar en ellos el establecimiento de vínculos saludables, en la medida en que estructuren un entorno cálido y los hijos lo perciban así. Según ellos, esa influencia se podría explicar por un papel mediador de la madurez psicosocial de las personas que han crecido en hogares armoniosos y apoyadores.

Ahora bien, en lo que respecta a la influencia de los padres sobre la actividad sexual de los adolescentes, la revisión bibliográfica nos lleva a concluir que las investigaciones, no muchas por cierto, se han centrado en el estudio de la relación directa entre los comportamientos de los padres y la actividad sexual de los adolescentes. Sin embargo esos estudios omiten los componentes de la competencia psicosocial como factores individuales cruciales para la explicación de la actividad sexual adolescente. Tal omisión no favorece una comprensión satisfactoria del proceso.

Las concepciones más recientes sobre el desarrollo en la adolescencia están poniendo de relieve que los adolescentes con buen ajuste en los aspectos académico, social y personal son generalmente los que tienen padres autoritativos. Los padres autoritativos animan a sus hijos

para que piensen de manera independiente y al mismo tiempo los respaldan emocional e instrumentalmente. En otras palabras esos adolescentes son hijos de padres que organizan un entorno familiar propicio tanto para la autonomía como para la vinculación (Hodges, Finnegan y Perry, 1999; Steinberg, 1996, Steinberg y Morris, 2001).

Por otro lado, Scaramella et al. (1998) encontraron que la calidez y el involucramiento de los padres reducen significativamente el riesgo de que los adolescentes se vinculen con grupos de influencia negativa y asuman conductas sexuales de riesgo. En este sentido, Mounts y Steinberg (1995) encontraron que la influencia (positiva o negativa) de los compañeros ocurre de diferente manera según ellos perciban a sus padres como altos, medios o bajos en comportamiento autoritativo.

Sin embargo, no todos los estudios que han tratado de establecer la asociación entre la aceptación parental y la actividad sexual han demostrado una relación significativa entre estas dos variables. Por ejemplo, el estudio llevado a cabo por Thornberry y cols. (1997) reveló que el riesgo de convertirse en padre durante la adolescencia no estaba asociado con la percepción de calidez y afecto recibida de los propios padres.

La mayor parte de las investigaciones sobre el papel de la familia en la actividad sexual de los jóvenes ha abordado el problema tratando de establecer la influencia que tienen sobre ésta variables denominadas “estructurales” y de “proceso” (Miller, Forehand y Kotchick, 1999). Entre las variables estructurales se encuentran el estatus marital de los padres (Newcomer y Udry, 1984), el nivel educativo de los padres (Inazu y Fox, 1980), la ocupación de la madre (Thornton y Camburn, 1987), la estructura y tamaño de la familia (Newcomer y Udry, 1984).

Entre las variables familiares de proceso se incluyen generalmente la comunicación familiar sobre temas sexuales (Moore, Paterson & Furstenberg, 1986; Newcomer y Udry, 1985; Tucker, 1989; Miller y cols., 1999), las actitudes paternas hacia las relaciones prematrimoniales (Thornton & Camburn, 1987; Herold, 1981), las técnicas disciplinarias utilizadas por los padres (Miller, MacCoy, Olson y Wallace, 1986; Udry y Billy, 1987);

y en una menor proporción han considerado como variable el estilo parental (Small y Kerns, 1993; Small y Luster, 1994; Rodgers, 1999).

En cuanto a la relación que existe entre la actividad sexual durante la adolescencia y el estilo parental autoritativo, la evidencia plantea que los hijos de familias autoritativas tienen más oportunidades de tomar decisiones con la guía cuidadosa de sus padres y, por lo tanto, están probablemente más preparados para ser asertivos y tomar decisiones responsables respecto a su actividad sexual (Small y Kerns, 1993). Esos padres ejercen un sano balance de apoyo y exigencias de autonomía. El estudio de Turner y sus colegas (1993) ofrece respaldo para este efecto por cuanto mostró que los jóvenes que perciben mayor fomento de la autonomía por parte de sus padres, muestran menores probabilidades de iniciar actividad sexual temprana. Generalizando, se espera encontrar que los comportamientos de riesgo potencial tengan menor probabilidad de ocurrencia cuando se han fomentado niveles altos de autonomía y vinculación.

Además, los resultados de estas investigaciones revelan que la supervisión del comportamiento de los hijos es una de las principales estrategias que utilizan los padres para cumplir con su función protectora, no sólo estableciendo límites al comportamiento de los hijos sino estableciendo contacto con sus amigos para conocerlos (Small y Kerns, 1993 ; Small y Luster, 1994; Small y Eastman, 1991; Rodgers, 1999). En este sentido, Miller y cols. (1999), plantean que la supervisión de las actividades de los adolescentes se ha asociado consistentemente con un buen ajuste psicológico, el cual es un predictor importante de la demora en la iniciación de la actividad sexual y de comportamientos sexuales de menor riesgo.

Un nivel alto de supervisión por parte de los padres, se ha asociado, en algunas investigaciones, con una menor actividad sexual y riesgo de embarazo (Hayes, 1987 ; Hovell y cols., 1994 ; Miller y cols., 1986 ; Hogan y Kitagawa, 1984). Sin embargo, otros estudios no han encontrado dicha relación (Newcomer y Udry, 1985 ; Udry y Billy, 1987). El estudio de Jessor y cols. (1995) reveló que la supervisión es un factor asociado inversamente con la actividad sexual en el caso de los adolescentes hombres pero no en el caso de las mujeres.

Por su parte, Miller y cols. (1986) reportaron una asociación curvilínea entre la supervisión parental y la actividad sexual adolescente, de tal manera que los adolescentes cuyos padres eran moderadamente estrictos mostraban actitudes menos permisivas y niveles menores de actividad sexual, quienes percibían a sus padres como muy estrictos presentaban niveles altos y los niveles más elevados se encontraron entre los que percibían a sus padres como menos estrictos. Los adolescentes que son más susceptibles a la presión del grupo, son aquellos que tienen muy poca supervisión por parte de sus padres

Las actitudes de los padres hacia las relaciones sexuales prematrimoniales constituyen una variable que también se ha asociado con la actividad sexual temprana (Werner-Wilson, 1998). De acuerdo con Miller y cols. (1999) las actitudes parentales conservadoras respecto al comportamiento sexual adolescente se relacionan significativamente con un menor número de relaciones sexuales genitales y de compañeros sexuales. Small y Luster (1994) también encontraron que un factor de riesgo muy fuerte para el inicio precoz de actividad sexual es la percepción que tienen los adolescentes de valores permisivos frente a la actividad sexual por parte de sus padres. Es decir, los adolescentes que percibían que sus padres aceptaban las relaciones prematrimoniales durante la adolescencia tendían a tener más experiencia sexual. Baker, Thalberg y Morrison (1988) llegaron a conclusiones similares.

Por otro lado, Rodgers (1999) plantea que los procesos de socialización parental difieren según el sexo, tanto de los padres como de los hijos. En este sentido, encontró que las madres tienden a utilizar un estilo más autoritativo que los padres, mientras estos tienden a ser más autoritarios.

Otros investigadores han encontrado que en muchas sociedades aún persiste el doble estándar, respecto a lo que los padres esperan de los hombres y las mujeres y que éste se relaciona con la actividad sexual de los adolescentes. Así por ejemplo, en el estudio de Small y Luster (1994) se encontró que los hombres percibían en sus padres actitudes más permisivas respecto a su actividad sexual que las mujeres y que la mayoría de los mensajes paternos conllevan el doble estándar respecto al comportamiento sexual de los hijos y las hijas.

Factores Sociales

Como se mencionó en la introducción el análisis de los factores que influyen sobre las relaciones románticas y la actividad sexual de los adolescentes, no estaría completo a menos que se tengan en cuenta los factores del contexto social en el que se desenvuelven. Tanto los modelos clásicos de corte ecológico de Belsky (1984) y Bronfenbrenner (1986) como las propuestas más recientes (Gray y Steinberg, 1999) conceden atención al contexto. En esta revisión centraremos el análisis en la influencia del grupo de pares e incluiremos la poca información disponible sobre el papel que juega la televisión en el inicio de actividad sexual durante la adolescencia.

En lo que se refiere a la influencia del grupo de compañeros como uno de los factores sociales que influyen en las relaciones románticas, Gray y Steinberg señalan que los amigos constituyen una poderosa fuente de influencia. En su revisión, destacan que en la medida en que las actividades de ese grupo se dirigen a la interacción con personas del otro sexo en las fiestas y otros contextos, los adolescentes se incorporan progresivamente en las relaciones románticas. Es más, llegan a proponer que se requiere profundizar en los cambios que experimentan los compañeros en el terreno del noviazgo para entender la intimidad sexual y emocional de los adolescentes.

A lo anterior, los mismos autores agregan que en esta edad, la búsqueda de compañía romántica constituye una meta secundaria y no primaria, y que si se trata de encontrar una relación romántica solo por afirmar su autonomía respecto a los padres, la relación tiene un valor más simbólico que real (p.241).

En el campo de la psicología social los estudios han mostrado la gran influencia que tiene el grupo sobre el comportamiento de sus miembros y la forma como las personas tienden a adaptarse a las normas que se establecen en los grupos a los cuales pertenecen (Urberg, Degirmencioglu y Pilgrim, 1997). Por esta razón diversos estudios han tratado de identificar la relación que existe entre las normas, la aprobación y la presión del grupo con las actividades negativas en las cuales se involucran los niños y los adolescentes (Chen, Greenberger, Lester, Dong y Guo, 1998).

Pensando específicamente, en la actividad sexual adolescente, también ahí es importante la influencia del

grupo de pares. Perkins y cols. (1998) plantean que la edad de la primera relación sexual se puede explicar, en parte, por la influencia negativa del grupo al cual pertenecen los adolescentes. Otros investigadores han encontrado que el comportamiento sexual de los adolescentes está influido por el comportamiento del mejor amigo o amiga o de la persona con la cual se tiene una relación estable o de noviazgo (Miller y cols., 1986; Small y Luster, 1994; Gaston y cols., 1995).

Al respecto, la Encuesta sobre Sexualidad y Comportamientos de Riesgo para La Salud de los Adolescentes realizada en Colombia por Profamilia y el Seguro Social (Ordoñez Gómez, 1994) señala que el 4.5% de las mujeres y el 2.4% de los hombres reconocen haber tenido la primera relación sexual por la presión de su pareja, y que los hombres sintieron más la presión de los amigos (4.1%) que las mujeres (0.5%).

Sin embargo, investigadores como Small y Luster (1994) plantean que la actividad sexual está más relacionada con la percepción que tienen los adolescentes de las normas del grupo de amigos con respecto a la actividad sexual durante la adolescencia que con lo que realmente hacen sus amigos con su vida sexual. Esta influencia de las normas del grupo social fue identificada en Colombia en el estudio de Profamilia y el Seguro Social (Ordoñez Gómez, 1994). Rodgers (1999) reporta resultados similares y afirma que los hombres son más susceptibles a la influencia de factores externos tales como la presión del grupo de pares y el doble estándar.

Por otra parte, Hayes (1987) sugiere que la gente tiende a sobrestimar el papel que juega la presión de los compañeros en la actividad sexual de los adolescentes; mientras que Shucksmith y Hendry (1998) afirman que los adolescentes desempeñan un papel activo en su medio social y que su respuesta a la presión de grupo está relacionada con su competencia psicosocial.

Otra fuente de influencia social, que ha sido ampliamente documentada, es la televisión. La evidencia empírica, proporcionada por diversas disciplinas y diferentes enfoques teóricos, permite afirmar que la televisión, como la familia, las instituciones educativas, los grupos de pares y otros medios de comunicación masiva, son parte del proceso mediante el cual los individuos aprenden a comportarse en sociedad. Así, la televisión

cumple una función socializadora al mostrar patrones culturales y normas sociales, las cuales el individuo internaliza si no median, de forma adecuada, otros agentes socializadores (Santoro, 1980; Villegas y Correa, 1984).

Desde la perspectiva de la teoría del Aprendizaje Social los medios masivos de comunicación, en especial la televisión, constituyen una herramienta que suministra modelos para que las personas, y en especial los niños y los adolescentes, los imiten (Moghaddam, 1998; Geis, Brown, Jennings y Porter, 1984). Debemos aclarar que la televisión no conlleva a que las personas se comporten de una forma u otra, sin embargo, sí las provee de ideas acerca de cuál es el comportamiento apropiado para una determinada situación (Abelson, 1981).

En cuanto a los efectos de los programas o mensajes televisivos con contenido sexual, algunos autores plantean que pueden ser tanto positivos como negativos (King, 1999; Turner y Rubinson, 1993; Baron y Byrne, 1998). Entre los efectos positivos mencionan que cuando los medios abordan con franqueza estos temas, tales como, qué es y cómo se previene el VIH-SIDA, la importancia de la actividad sexual protegida, el riesgo de los embarazos a temprana edad, están transmitiendo información valiosa respecto a la necesidad de la educación sexual. Además, se ha observado que las personas recurren a este tipo de material para aprender sobre la sexualidad. En el estudio llevado a cabo por Valdivieso de Arenas y Amaya de Gamarra (1996) en Bucaramanga, se encontró que el 81.3% de los escolares consideran que la televisión sí es un medio de información sobre sexualidad y en el 64.9% de los casos constituye la principal fuente de información a este respecto.

Cuando los autores hacen referencia a los efectos negativos señalan que la exposición repetida a material sexual implícito, puede modificar los valores personales y familiares haciéndolos menos tradicionales. Las actitudes de los individuos tienden a ser más favorables hacia la actividad sexual prematrimonial y extramarital y hacia las relaciones sexuales con diferentes parejas simultáneamente, lo cual se ha reconocido como un factor de riesgo para la salud sexual y reproductiva. En los programas de televisión no son escasas las escenas televisivas en las que se muestra que algunas parejas se van a la cama poco después de una atracción física inicial y no se toman un tiempo para construir una relación emocional antes de iniciar actividades sexuales (Carroll y Roof, 1996).

Otro aspecto preocupante, en este mismo sentido, es que la televisión, proyecta una imagen de la actividad sexual libre de responsabilidades y obligaciones, dado que pocas veces las personas involucradas discuten sobre el uso de anticoncepción, la moralidad de su acción, la posibilidad de contraer enfermedades de transmisión sexual, el temor al VIH-SIDA, el embarazo no deseado o los sentimientos que puedan tener posteriormente. En un estudio realizado por Kunkel, Cope y Colvin (1996), se encontró que sólo el 9% de las escenas con contenido sexual hacían mención a este tipo de mensajes. Además reveló que ninguna de las relaciones sexuales coitales analizadas, presentaban discusiones acerca del riesgo o de la responsabilidad de la acción que realizaban los personajes, ni tampoco se hablaba sobre las precauciones que se debían tomar al momento de la relación sexual. En nuestro medio, aunque no existen estudios que indiquen con precisión como se están manejando los mensajes sobre riesgo y responsabilidad sexual en televisión, un estudio piloto llevado a cabo por Fox, Santos y Vargas Trujillo (2001) permite inferir que estos también son muy escasos.

Aunque en la literatura revisada no son frecuentes los estudios sobre los efectos que tienen los mensajes de tipo sexual en los niños pequeños y en los adolescentes, se ha reportado que en el caso de estos últimos, quienes ven más televisión con contenido sexual tienen mayor probabilidad de tener actividad sexual temprana (Brown y Newcomer, 1991).

Por último, vale la pena resaltar que en la literatura también se reconoce que estos factores asociados a las relaciones románticas y al inicio de actividad sexual en un grupo étnico particular no necesariamente se aplican a otros grupos étnicos (Perkins y cols., 1998; Scaramella y cols., 1998), por lo cual no deben considerarse aisladamente, “sino como procesos que interactúan diferencialmente según espacios geográficos, momentos históricos y ámbitos socioculturales” (Barrantes, sin fecha, p. 8).

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

En Colombia, al igual que en toda América Latina, los adolescentes entre los 10 y los 19 años de edad constituyen una proporción significativa de la población. En gran medida, el futuro desarrollo social y económico de nuestro país depende de personas

educadas, saludables y económicamente productivas. Sin embargo, la atención que el adolescente recibe se centra, con demasiada frecuencia, en comportamientos problemáticos específicos tales como el embarazo no deseado. Sin embargo, no utilizan un enfoque integral orientado hacia el adolescente, su familia y el contexto en el que se desenvuelve. Tampoco atiende al análisis de las factores en la vida de los adolescentes que interfieren con la posibilidad de que complete las tareas fundamentales de su desarrollo (Burt, 1998).

Los datos disponibles señalan que una proporción considerable de adolescentes se involucran en actividades sexuales que los ponen en riesgo (Profamilia, 2000; Rojas y González, 2000; The Alan Guttmacher Institute, 1998), a pesar de los múltiples programas de prevención que se han puesto en marcha.

La evidencia presentada en esta revisión nos permite sugerir que si los programas de prevención esperan lograr los objetivos que se proponen deben dirigirse a los padres, y principalmente a los futuros padres. Es importante que los responsables de diseñar programas tengan en cuenta los resultados de las investigaciones y construyan políticas eficaces para que los padres se percaten de cuánto pueden organizar el contexto familiar y social en el que se desenvuelven sus hijos.

Específicamente, los programas deben promover en los padres el desarrollo de habilidades que propicien el logro de la “autonomía vinculada” en los niños y los adolescentes. En concreto, un buen programa para padres debería enfatizar las prácticas destinadas a promover la autonomía y la vinculación. La primeras incluyen las exigencias de madurez, el razonamiento inductivo y la apertura a la experiencia. Las segundas, la comunicación abierta y confiada, la expresión del afecto y el disfrute de momentos de cercanía e intimidad. Los estudios consultados en la preparación de esta revisión señalan consistentemente que los niños y jóvenes con buen ajuste psicológico generalmente tienen padres cálidos, que les animan a pensar de manera independiente al mismo tiempo que les proporcionan respaldo emocional.

Entre esas prácticas familiares merece particular énfasis la comunicación abierta y confiada. Con frecuencia los padres asumen que cuando se enfatiza en este aspecto, se les está exigiendo que hablen con sus

hijos e hijas de temas para los cuales no se sienten preparados. Vale la pena aclarar que lo importante no es la comunicación sobre asuntos sexuales puntuales y personales. La comunicación efectiva es aquella que se da en situaciones en las que los miembros de la familia pueden intercambiar opiniones y sentimientos respecto a la sexualidad en general. Los padres pueden aprovechar lo que ocurre en la vida cotidiana para dar a conocer de manera incidental pero clara y consistente sus convicciones personales, familiares y sociales con respecto a las relaciones románticas y la actividad sexual. En este sentido, la televisión ofrece excelentes oportunidades de análisis e intercambio de información.

En cuanto a la estructuración del ambiente social en el que se desenvuelve los hijos, los padres que se están formando deben conocer las implicaciones que tienen sus decisiones con respecto a la elección de colegio, las actividades extracurriculares y las condiciones del vecindario, entre otras muchas. Los padres no pueden desconocer que es en estos contextos donde su hijo va a establecer sus primeras relaciones fuera de la familia, y donde va a encontrar las figuras de apoyo sustitutas de los padres mientras logra consolidar la autonomía durante la adolescencia.

La influencia de los compañeros puede ser negativa si el adolescente aún no ha logrado desarrollar autonomía. Al examinar la influencia negativa de los compañeros sobre las relaciones románticas y la actividad sexual se podría contemplar la hipótesis de que la autonomía personal pueda operar como una variable que modera tales efectos: en niveles altos de autonomía la influencia negativa se atenúa o se neutraliza. En niveles bajos de autonomía ocurre lo contrario, es decir los efectos negativos se incrementan.

Por otro lado, una pregunta frecuente, que surge cuando se habla del tema de la actividad sexual durante la adolescencia, es ¿Cómo definimos qué es problemático en la actividad sexual? Desde el punto de vista de salud física hay dos posibles consecuencias: el embarazo y las Enfermedades de Transmisión Sexual. Desde el punto de vista psicológico podemos asumir que cuando las condiciones que favorecen la autonomía y la vinculación no funcionan muy probablemente se tendrá como consecuencia un deterioro en la consolidación de la identidad que afectará negativamente el establecimiento de relaciones estables.

Además, aunque a lo largo de este texto hemos hablado de la adolescencia en general es conveniente recordar que no es lo mismo iniciar actividad sexual a los 13 años, cuando apenas se está iniciando el desprendimiento de las figuras parentales, que a los 17 o 18 años cuando probablemente ya se ha logrado avanzar en el desarrollo de una “autonomía vinculada”.

Queremos terminar con algunas sugerencias para la investigación. La primera y obvia sugerencia se refiere a la conveniencia de someter a verificación empírica en nuestro medio los conocimientos que nos vienen de otros contextos culturales. Esta recomendación vale tanto para el tema que nos ha ocupado, como para todos los intentos de contribuir al desarrollo de la disciplina, en cualquiera de sus múltiples ámbitos.

Por otra parte, si se tiene en cuenta la necesidad de enmarcar los esfuerzos investigativos locales en marcos conceptuales sólidos, conviene tener en cuenta la aclaración que hacen Miller y Benson (1999): ellos escriben que hasta ahora no hay una teoría que haya organizado adecuadamente los conceptos y datos sobre el desarrollo conjunto de las dos relaciones, románticas y sexuales. Si bien los paradigmas más socorridos han sido el biológico y el cultural, una investigación que realmente sea creativa en este comienzo de siglo probablemente deberá emprender la construcción de modelos contextuales rigurosos y válidos para el entorno local.

Por último, sugerimos que los estudios que se emprendan en este campo superen los niveles usuales de las estadísticas porcentuales y de los análisis correlacionales simples y se aventuren, con imaginación y creatividad, en diseños que permitan examinar las complejas relaciones que ocurren entre los múltiples componentes de este importante asunto.

REFERENCIAS

- Abelson, R.P. (1981). The Psychological status of the script concept. *American Psychologist*, 36, 715-729.
- Allen, J.P., Aber, J. L., & Leadbeater, B.J. (1990). Adolescent problem behaviors: The influence of attachment and autonomy. *Psychiatric Clinics of North America*, 13, 455-467.
- Allen, J. P., Hauser, S. T., Bell, K. L., & O'Connor, T. G. (1994). Longitudinal assessment of autonomy and relatedness in adolescent-family interactions as

- predictors of adolescent ego development and self-esteem. *Child Development*, 65, 179-194.
- Allen, J. P., Hauser, S. T., O'Connor, T. G., Bell, K. L. & Eickholt, C. (1996). The connection of observed hostile family conflict to adolescents' developing autonomy and relatedness with parents. *Development & Psychopathology*, 8, 425-442.
- Allen, J. P., & Land, D. (1999). Attachment in adolescence. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.) *Handbook of Attachment* (pp. 319-335). New York: The Guilford Press.
- Baker, S.A., Thalberg, S.P., & Morrison, D.M. (1988). Parents' Behavioral Norms as Predictors of Adolescent Sexual Activity and Contraceptive Use. *Adolescence*, 23, 265-282.
- Bandura, A., Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Pastorelli, C., & Regalia, C. (2001) Sociocognitive self-regulatory mechanisms governing transgressive behavior. *Journal of Personality & Social Psychology*, 80, 1, 125-135.
- Baron, R. A., & Byrne, D. (1998) *Psicología social*. Madrid: Prentice Hall.
- Barrantes, G.S. (sin fecha) *El Embarazo en la Adolescencia: Lineamientos para el Diseño de Investigaciones de Aspectos Socioculturales*. Organización Panamericana de la Salud, Organización Mundial de la Salud y Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Belsky, J. (1984) The determinants of parenting: process model. *Child Development*, 55, 83-96.
- Bronfenbrenner, U. (1986). Ecology of the family as a context for human development: research perspectives. *Developmental Psychology*, 22, 723-742.
- Brown, B. B. (1999). You're going out with who?": Peer group influences on adolescent romantic relationships. En W. Furman, B. B. Brown & C. Feiring (Eds). *The development of romantic relationships in adolescence*. (pp. 291-329). New York: Cambridge University Press.
- Brown, B. B., Feiring, C., & Furman, W. (1999). Missing the Love Boat: Why researchers have shied away from adolescent romance. En W. Furman, B. B. Brown & C. Feiring (Eds.). *The development of romantic relationships in adolescence*. (pp. 1-16). New York: Cambridge University Press.
- Brown, A.D., Jejeebhoy, S., Shah, I.H., & Yount, K.M. (2001). *Sexual Relations among Young People in Developing Countries: Evidence from WHO Case Studies*. (WHO/RHR/01.8 Occasional Paper No. 4). UNDP/UNFPA/WHO/World Bank Special Programme of Research, Development and Research Training in Human Reproduction, Department of Reproductive Health and Research, World Health Organization, Geneva.
- Brown, J. D., & Newcomer, S. (1991). Television Viewing and Adolescents Sexual Behavior. *Journal of Homosexuality*, 21, 77-91.
- Bukowski, W. M., Sippola, L., & Brender, W. (1993). Where does sexuality come from?: Normative sexuality from a developmental perspective. En H. E. Barbaree, W. L. Marshall & S. M. Hudson (Eds.). *The juvenile sex offender*, (pp. 84-103). New York: The Guilford Press.
- Bukowski, W. M., Sippola, L. K., & Hoza, B. (1999). Same and other: Interdependency between participation in same- and other-sex friendships. *Journal of Youth & Adolescence*, 28, 439-459.
- Burt, M.R. (1998) *Why Should We Invest in Adolescents?* Washington: Organización Panamericana de la Salud y Fundación W.K. Kellogg.
- Capaldi, D. M., Dishion, T. J., Stoolmiller, M., & Yoerger, K. (2001). Aggression toward female partners by at-risk young men: The contribution of male adolescent friendships. *Developmental Psychology*, 37, 61-73.
- Carroll, J.L., & Roof, P. (1996). *Sexuality and gender in society*. New York: Harper Collins Publishers.
- Clark, K. E., & Ladd, G. W. (2000). Connectedness and autonomy support in parent-child relationships: Links to children's socioemotional orientation and peer relationships. *Developmental Psychology*, 36, 485-498.
- Coates, D. L. (1999). The cultured and culturing aspects of romantic experience in adolescence. En W. Furman, C. Feiring & B.B Brown (Eds). *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 330-363). New York: Cambridge University Press.
- Coleman, J.C., & Hendry, L. (1990). *The Nature of Adolescence*. London: Rothledge.
- Collins, W. A., & Sroufe, L.A. (1999). Capacity For Intimate Relationships: A Developmental Construction. En W. Furman, C. Feiring & B.B Brown (Eds). *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 125-147). New York: Cambridge University Press.

- Connolly, J. A., & Goldberg, A. (1999). Romantic Relationships in Adolescence: The Role of Friends and Peers in their Emerge and Development. En W. Furman, C. Feiring, & B. Brown (Eds.) *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 266-290). New York: Cambridge University Press.
- Chen, Ch., Greenberger, E., Lester, J., Dong, Q., & Guo, M. (1998) A Cross-Cultural Study of Family and Peer Correlates of Adolescent Misconduct, *Developmental Psychology*, 34, 770–781.
- Chilman, C.S. (1990) Promoting Healthy Adolescent Sexuality. *Family Relations*, 39, 123-131.
- Darling, N., & Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: an integrative model. *Psychological Bulletin*, 113, 487-496.
- Denmark, F., Rabinovitz, V., & Sechzer, J. (2000) *Engendering Psychology*. USA: Allyn and Bacon.
- Downey, G. Bonica, C., & Rincon, C. (1999). Rejection Sensitivity And Adolescent Romantic Relationships. En W. Furman, C. Feiring & B.B Brown, (Eds.). *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 148-174). New York: Cambridge University Press.
- Engels, R., Finkenauer, C., Meeus, W., & Dekovic, M. (2001). Parental attachment and adolescents' emotional adjustment: The associations with social skills and relational competence. *Journal of Counseling Psychology*, 48, 428-439.
- Fletcher, A.C., Darling, N. E. Steinberg, L., & Dornbusch, S. (1995) The company they keep: Relation of adolescents' adjustment and behavior to their friends' perceptions of authoritative parenting in the social network. *Developmental Psychology*, 31, 2, 300-310.
- Fox, W., Santos, C., & Vargas Trujillo, E. (2001) *Análisis del contenido sexual en los programas de audiencia infantil y familiar. Un estudio piloto*. (Informe de Investigación). Bogotá: Universidad de Los Andes, Departamento de Psicología.
- Franklin, D. L. (1988). Race, Class and Adolescent Pregnancy: An Ecological Analysis. *American Journal of Orthopsychiatry*, 58, 339-354.
- Frydenberg, E. (1997). *Adolescent Coping*. London: Routledge.
- Fuhrman, T., & Holmbeck, G.N. (1995). A Contextual-moderator Analysis of Emotional Autonomy and Adjustment in Adolescence, *Child Development*, 66, 793-811.
- Furman, W. (2000). *Quantity and quality of romantic experiences: What matters?* Poster presented at the meetings of the Society for Research in Child Development, Albuquerque, NM.
- Furman, W., Brown, B.B., & Feiring, C. (Eds.) (1999) *The development of Romantic Relationships in Adolescence*. New York: Cambridge University Press.
- Furman, W., & Simon, V. A. (1999). Cognitive representations of adolescent romantic relationships. En W. Furman, B. B. Brown & C. Feiring (Eds.). *The development of romantic relationships in adolescence*. (pp. 75-98). New York: Cambridge University Press.
- Gaston, J.F., Jensen, L., & Weed, S. (1995). A Closer Look at Adolescent Sexual Activity, *Journal of Youth and Adolescence*, 24, 465-479.
- Geis, F.L., Brown, V., Jennings, J. & Porter, N. (1984). *Sex roles*, 10, 513-525.
- Gómez-Zapíaín, J., Ibaceta, P., Muñoz, F., & Pardo, E. (1996) Autoeficacia percibida en relación al comportamiento sexual y contraceptivo de los jóvenes. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 49, 173-183.
- Gray, M. R., & Steinberg, L. (1999). Adolescent romance and the parent-child relationship: A contextual perspective. En W. Furman, B. B. Brown & C. Feiring (Eds.). *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 235-262). New York: Cambridge University Press.
- Guerrero, Y. (1999) *Las Relaciones Padres-Hijos y la Actividad Sexual de los Adolescentes Mediadas por la Autoestima*. Tesis de grado no publicada, Santa Fe de Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Harter, S. (1999). *The construction of the self: A developmental perspective*. New York: The Guilford Press.
- Harter, S., & Monsour, A. (1992). Development analysis of conflict caused by opposing attributes in the adolescent self-portrait. *Developmental Psychology*, 28, 251-260
- Hayes, C. (1987). *Risking the Future: Adolescent Sexuality, Pregnancy and Childbearing*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- Heaven, P.C. (1996). *Adolescent Health*. London: Routledge.
- Herold, E. S. (1981). Measurement issues involved in examining contraceptive use among young single

- women. *Population & Environment: Behavioral & Social Issues*, 4, 128-144
- Hodges, R., Finnegan, A., & Perry, D. G. (1999). Skewed Autonomy—Relatedness in Preadolescents' Conceptions of Their Relationships With Mother, Father, and Best Friend. *Developmental Psychology*, 35, 737-748.
- Hodgins, H. S., Koestner, R., & Duncan, N. (1996). On the compatibility of autonomy and relatedness. *Personality & Social Psychology Bulletin*, 22, 227-237.
- Hogan, D., & Kitagawa, E. (1984). The Impact of Social Status, Family Structure, and Neighborhood on the Fertility of Black Adolescents. *American Journal of Sociology*, 90, 825-855.
- Hovell, M., Sipan, C., Blumberg, E., Atkins, C., Hofstetter, C.R., & Kreitner, S. (1994). Family Influences on Latino and Anglo Adolescents' Sexual Behavior. *Journal of Marriage and the Family*, 56, 973-986.
- Huizinga, D., Loeber, R., & Thornberry, T.P. (1993). Longitudinal Study of Delinquency, Drug Use, Sexual Activity, and Pregnancy Among Children and Youth in Three Cities. *Public Health Reports*, 108, 90-96.
- Inazu, J.K., & Fox, G.L. (1980) Maternal Influences on the Sexual Behavior of Teenage Daughters. *Journal of Family Issues*, 1, 81-102.
- Jessor, R., Donovan, J. E., & Costa, F. M. (1991). *Beyond adolescence: Problem behavior and young adult development*. New York: Cambridge University Press.
- Jessor, R., & Jessor, S. (1977). *Problem Behavior and Psychological Development: A Longitudinal Study of Youth*. Academic Press, San Diego, CA.
- Jessor, R., Van Den Bos, J., Vanderry, J., Costa, F.M., & Turbin, M.S. (1995). Protective Factors in Adolescent Problem Behavior: Moderator Effects and Developmental Change. *Developmental Psychology*, 31, 923-933.
- Kimmel, D.C., & Weiner, I.B. (1995) *Adolescence*. New York: John Wiley and Sons.
- King, M.B. (1999) *Human Sexuality Today*. Upper Saddle River, NJ: Prentice Hall.
- Kissman, K. (1990) Social Support and Gender Role Attitude Among Teenage Mothers. *Adolescence*, 25, 709-716.
- Krauskopf, D. (1989) *Adolescencia y Educación*. Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- Kunkel, D., Cope, K., & Colvin, C. (1996). Sexual Messages on Televisión 's Family Hour (Content Analysis Study). En: Children Now and Kaiser Family Foundation (Eds). *Sex, Kids and the Family Hour. A Three Part Study of Sexual Content on Televisión*. En Internet: <http://www.childrennow.org./media/familyhour/FAMHOUR.html>
- Kurdek, L. K., & Fine, M.A. (1994). Family acceptance and family control as predictors of adjustment in young adolescents: ¿linear, curvilinear, or interactive effects?. *Child Development*, 65, 1137-1146.
- Kuttler, A. F., La Greca, A. M., & Prinstein, M. J. (1999). Friendship qualities and social-emotional functioning of adolescents with close, cross-sex friendships. *Journal of Research on Adolescence*, 19, 339-366.
- Lamborn, S.D., & Steinberg, L. (1993). Emotional Autonomy Redux : Revisiting Ryan and Linch. *Child Development*, 64, 483-499.
- Laursen, B., & Jensen-Campbell, L. A. (1999). The nature and functions of social exchange in adolescent romantic relationships. En W. Furman, B. B. Brown & C. Feiring (Eds.). *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 50-74). New York: Cambridge University Press.
- Maccoby, E. E., & Martin J.A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En P. H. Mussen (Serie Ed.) & E. M. Hetherington (Vol. Ed.) *Handbook of child psychology: Vol. 4. Socialization, personality and social development*. (4th ed., p.1-101). New York: Wiley.
- Miller, B. C., & Benson, B. (1999). Romantic and sexual relationship development during adolescence. En W. Furman, B. B. Brown, and C. Feiring (Eds.), *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 99-121). New York: Cambridge University Press.
- Miller, B. C., Christensen, C. R., & Olson, T. D. (1987). Adolescent Self-esteem in Relation to Sexual Attitudes and Behavior. *Youth and Society*, 18, 93-111.
- Miller, K. S., Forehand, R., & Kotchick, B. (1999). Adolescent Sexual Behavior in Two Ethnic Minority Samples: The Role of Family Variables. *J. of Marriage and the Family*, 61, 85-98.
- Miller, B. C., MacCoy, J. K., & Olson, T. D. (1986). Dating age and Stage as Correlates of Adolescent Sexual Attitudes and Behavior. *J. of Early Adolescent Research*, 1, 361-371.

- Miller, B. C., MacCoy, J. K., Olson, T. D., & Wallace, C. M. (1986). Parental Discipline and Control Attempts in Relation to Adolescent Sexual Attitudes and Behavior. *J. of Marriage and the Family*, 48, 503-512.
- Miller, B. C., & Moore, K. A. (1990). Adolescent Sexual Behavior, Pregnancy and Parenting: Research Through the 1980's. *J. of Marriage and the Family*, 52, 1025-1044.
- Miller, B. C., Norton, M. C., Curtis, T., Hill, E. J., Schvaneveldt, P., & Young, M. H. (1997). The timing of sexual intercourse among adolescents: Family, peer, and other antecedents. *Youth and Society*, 29, 54-83.
- Moghaddam, F. M. (1998). *Social psychology. Exploring universals across cultures*. New York: W. H. Freeman and Company.
- Moore, K. A., Paterson, J. L., & Furstemberg, F. F. (1986). Parental Attitudes and the Occurrence of the Early Sexual Activity. *J. of Marriage and the Family*, 48, 777-782.
- Moore, S., & Rosenthal, D. (1993). *Sexuality in Adolescence*, London: Routhledge.
- Mounts, N. S., & Steinberg, L. (1995). An ecological analysis of peer influence on adolescent grade point average and drug use. *Developmental Psychology*, 31, 915-922
- Newcomer, S., & Udry, J. (1984). Mothers' Influence on the Sexual Behavior of Their Teenage Children. *J. of Marriage and the Family*, 46, 477-485.
- Newcomer, S., & Udry, J. (1985). Parent-Child Communication and Adolescent Sexual Behavior, *Family Planning Perspectives*, 17, 169-174.
- Offer, D., Rostov, E., & Howard, K.I. (1981). *The Adolescent: A Psychological Self-portrait*. New York: Basic Books.
- Ordoñez Gómez, M. (1994). *Adolescentes: Sexualidad y Comportamientos de Riesgo para la Salud*. Bogotá, Colombia: Profamilia e Instituto de Seguro Social.
- Organización Mundial de la Salud. (2000). *Reproductive Health Research at WHO: a new beginning*. (Reporte Bianual 1998 – 1999). Ginebra, Suiza: Autor.
- Palmonari, A., Pombeni, M. L., & Kirchler, E. (1989). Peergroups and evolution of the self-system in adolescence. *European Journal of Psychology of Education*, 4, 3-15.
- Paterson, J., Pryor, J., & Field, J. (1995). Adolescent Attachment to Parents and Friends in relation to Aspects of Self-esteem. *J. of Youth and Adolescence*, 24, 365-376.
- Perkins, D.F., Luster, T., Villarruel, F.A., & Small, S. (1998). An Ecological, Risk Factor Examination of Adolescents' Sexual Activity in Three Ethnic Groups. *J. of Marriage and The Family*, 60, 660-673.
- Pick de Weiss, S., & Vargas Trujillo, E. (1990). Conducta Sexual y Anticonceptiva de los Adolescentes en América Latina. *Revista Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, 8, 11-41.
- Profamilia (2000). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud – 2000*. Bogotá, Colombia: Autor.
- Pugh, M. D., DeMaris, A., Giordano, P. C., & Groat, H. T. (1990). Delinquency as a Risk Factor in Teenage Pregnancy. *Sociological Focus*, 23, 89-100
- Richard, R., & Van der Pligt, J. (1991). Factors Affecting Condom Use Among Adolescents, *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 1, 105-116.
- Robinson, R.B., & Frank, D. I. (1994). The Relation Between Self-Esteem, Sexual Activity and Pregnancy. *Adolescence*, 29, 27-35.
- Rodgers, K. B. (1999). Parenting Processes Related to Sexual Risk-Taking Behaviors of Adolescent Males and Females. *J. of Marriage and the Family*, 61, 99-109.
- Rojas, R., & González, M. P. (2000). Salud reproductiva en Bogotá, D. C.: 1990-2000. *Boletín Epidemiológico Distrital*, 5, 1-28.
- Ryan, R. M., & Deci, E. L. (2000). Self-determination theory and the facilitation of intrinsic motivation, social development, and well-being. *American Psychologist*, 55, 68-78.
- Santoro, E. (1980). *La televisión venezolana y la formación de estereotipos en niños*. Caracas: Ed. La Bibiloteca.
- Scaramella, L.V., Conger, R. D., Simons, R.L., & Whitbeck, L. B. (1998) Predicting Risk for Pregnancy by Late Adolescence: A Social contextual Perspective, *Developmental Psychology*, 34, 1233-1245.
- Sheldon, K. M., Elliot, A.J., Kim, Y., & Kasser, T. (2001) What Is Satisfying About Satisfying Events? *Journal of Personality and Social*, 80, 325-339.
- Shucksmith, J., & Hendry, L. (1998) *Health Issues and Adolescents*. London: Routledge.
- Small, S.A., & Eastman, G. (1991) Rearing Adolescents in Contemporary Society: A Conceptual Framework for Understanding the Responsibilities and Needs of Parents, *Family Relations*, 40, 455-462.

- Small, S.A., & Kerns, D. (1993), Unwanted Sexual Activity Among Peers Durin Early and Middle Adolescence : Incidence and Risk Factors. *J. of Marriage and the Family*, 55, 941-952.
- Small, S.A., & Luster, T. (1994). Adolescent Sexual Activity : An Ecological, Risk Factor Approach. *J. of Marriage and the Family*, 56, 181-192.
- Smith, C. (1997) Factors Associated with Early Sexual Activity Among Urban Adolescents. *Social Work*, 42, 334-346.
- Steinberg, L. (1987). Single parents, stepparents, and the susceptibility of adolescents to antisocial peer pressure. *Child Development*, 58, 269-275.
- Steinberg, L., Elmen, J., & Mounts, N. (1989). Authoritative parenting, psychosocial maturity, and academic success among adolescents. *Child Development*, 60, 1424-1436.
- Steinberg, L., & Morris, A.S. (2001). Adolescent development. *Annual Review of Psychology*, 52, 83-110.
- Steinberg, L., & Silverberg, S.B. (1986). The vicissitudes of autonomy in early adolescence. *Child Development*, 57, 841-851.
- The Alan Guttmacher Institute. (1998). *Hacia Un Nuevo Mundo: La vida Sexual y Reproductiva de las Jóvenes*. Resumen Ejecutivo. Washigton: The Alan Guttmacher Institute.
- Thornberry, T., Smith, C., & Howard, G. (1997). Risk factors for teenage fatherhood. *Journal of Marriage and the Family*, 59, 505-522.
- Thornton, W. E. (1990), *Codependency, Sexuality and Depression*. Pia Pr. Paperback.
- Thornton, A., & Camburn, D. (1987). The Influence Of The Family On Premarital Sexual Attitudes And Behavior. *Demography*, 24, 323-324.
- Torres de Mila, G., Vargas Trujillo, C. & Vargas Trujillo, E. (1997). *Adolescencia y Sexualidad*. Bogotá, Colombia: Planeta Editores.
- Tucker, S.K. (1989) Adolescent Patterns of Communication About Sexually Related Topics. *Adolescence*, 24, 269-278.
- Turner, R. A., Irwin, C. E., Tschann, J. M. & Millstein, S. G. (1993). Autonomy, relatedness, and the initiation of health risk behaviors in early adolescence. *Health Psychology*, 12, 200-208.
- Turner, J.S. & Rubinson, L. (1993) *Contemporary Human Sexuality*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall Inc.
- Udry, J.R., & Billy, J. O. G. (1987). Initiation of Coitus in Early Adolescence. *American Sociological Review*, 52, 841-855.
- Urberg, K. A., Degirmencioglu, S.M., & Pilgrim, C. (1997). Close Friend and Group Influence on Adolescent Cigarette Smoking and Alcohol Use. *Developmental Psychology*, 33, 834-844.
- Valdivieso de Arenas, M.C., & Amaya de Gamarra, I.C. (1996) *Asociación entre familia, escuela y televisión con la educación*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander e Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.
- Vargas Trujillo, E., & Barrera, F. (2002). *Relaciones Padres-Hijos y su asociación con las relaciones románticas y sexuales de los adolescentes*. (Informe de Investigación). Bogotá, Colombia: Universidad de Los Andes, Departamento de Psicología.
- Vargas Trujillo, E., Posada, S., & del Rio, A.M. (1999). *Sexualidad Humana: Un Canal de Comunicación con el Otro*. Quinta Edición. Bogotá, Colombia: Universidad de Los Andes, Departamento de Psicología.
- Villegas de Posada, M. C., & Correa, E. (1984). *Influencia de la Televisión Sobre los Valores y el Desarrollo Moral Infantil*. Bogotá: Publicación Universidad de los Andes.
- Werner-Wilson, R.J. (1998). Gender Differences in Adolescent Sexual Attitudes: The Influence of Individual and Family Factors. *Adolescence*, 33, 519-531.

